

ÉTICA Y VALORES

Juan Guillermo Durán Mantilla

En los últimos días hemos venido presenciando una serie de hechos escandalosos en materia de moral empresarial: Enrom, Arthur Andersen, Merck, WorldCom. Están, pues, abundando, y es una razón para preocuparse y preguntarse qué está pasando con la ética: ¿asistimos a una crisis conductual en el terreno de la moral? ¿La ética en sí misma ya no sirve? Interrogantes que se despejarán a continuación.

Lo primero para aclarar es que la moral empresarial es el reflejo de como actúan las personas que componen la empresa. En este sentido mi reflexión versará solamente acerca de la ética de las personas y no sobre la hoy denominada “ética de la empresa”.

Ante el fenómeno señalado al comienzo, esto es, los escándalos morales, me vienen a la memoria unas palabras del filósofo español LEONARDO POLO: “La ética aparece siempre”. Dichas palabras dicen entonces que la ética es algo connatural al ser humano; no podemos prescindir de la ética, ella aparece en el camino del hombre en forma permanente.

Si partimos de esa premisa, según la cual la ética aparece siempre, hagamos en consecuencia, una vez más, una reflexión acerca de la ética en los actuales y difíciles momentos en que aquélla está en quiebra, de alguna manera a juzgar al menos por los acontecimientos señalados arriba.

Quisiera en esta ocasión desarrollar una meditación en torno a los siguientes aspectos: 1. Las virtudes llamadas fundamentales; 2. Qué hacer para que las virtudes sean encarnadas efectivamente, 3. La transmisión de virtudes en la universidad.

ARISTÓTELES en su magnífico libro *Ética para Nicómaco* –escrito para su hijo, por lo cual debemos inferir el empeño racional y afectivo que puso el autor en esa obra– trata en dos palabras de lo siguiente:

- De la virtud, que es expresión de la excelencia humana.
- De las virtudes que constituyen esa excelencia.

Dice JOSEF PIEPER, filósofo alemán, que las virtudes constituyen lo óptimo del ser humano. Además afirma:

“Virtud, en términos completamente generales, es la elevación del ser en la persona humana [...] lo máximo a que puede aspirar el hombre, o sea, la realización de las posibilidades humanas...”.

Siendo así, se deduce la importancia tan grande del tema de la virtud: nada menos y nada más que lograr a cabalidad seres humanos plenamente desarrollados.

Por fortuna, en medio de las muchas posiciones éticas que han existido, y existen, las virtudes son como el común denominador de la ética.

Hoy a las virtudes suele llamárseles valores, expresión que se debe al filósofo alemán ALEXANDER LOTZE, en el siglo XIX, para quien el valor es una cualidad adherida al ser, y significa que una cosa vale, es decir que no nos es indiferente, es atemporal y aespacial, y que los valores no se demuestran sino se muestran—esto último indica algo sobre lo que volveremos y es muy importante: la ética es ciencia encarnada en la conducta—.

Con lo anterior es suficiente, por el momento, para ver la trascendencia de las virtudes o valores de la ética, pues como dice también PIEPER: “La ética se reduce o concreta en virtudes”; a veces reducida a un montón de limitaciones del actuar humano.

ARISTÓTELES en su ética nicomaquea nos trae un elenco de virtudes que van desde la fortaleza y la templanza, pasando por la liberalidad, la magnificencia, la magnanimidad, la mansedumbre, la justicia, la prudencia, la continencia, hasta la amistad, única de las virtudes a las que dedica dos capítulos y de la que dice es “la cosa más necesaria en la vida. Sin amigos nadie escogería vivir”.

El mencionado JOSEF PIEPER en su libro *Las virtudes fundamentales* las reúne en cuatro: prudencia, justicia, fortaleza y templanza; es más, en ese estricto orden jerárquico. Les da el nombre de fundamentales—también se les denomina cardinales—porque todas las demás virtudes dependen en alguna manera de éstas.

A continuación seguiré el orden de PIEPER para hacer alguna glosa a esas virtudes.

Prudencia

Por nuestra naturaleza racional, la prudencia es la primera de las virtudes, por cuanto presupone el ejercicio de la inteligencia. Lo primero que debe hacer el hombre antes de actuar es pensar. En tal sentido, como dice JEAN GUITTON en su libro *Nuevo arte de pensar*, “es deber ser inteligente”.

PIEPER dice que la prudencia lleva primero a conocer y después a querer y a hacer; el prudente “no deja enturbiar su visión de la realidad por el sí o el no de la voluntad, sino que hace depender el sí o el no de ésta de la verdad de las cosas”. Por eso se ha dicho con razón que la prudencia es la primera virtud del ser humano, ya que si presupone el ejercicio de la inteligencia en torno a la “verdad de las cosas”, óigase bien, la verdad de las cosas, de todas las cosas, en consecuencia abarca el arco de la existencia humana.

Esto implica que cualquier persona debe bregar por la consecución de la “sabiduría”, del acervo humano histórico, de la lectura, de la formación humanística, que favorezca una atmósfera para la toma de decisiones adecuadas, ponderadas, equilibradas, discernidas, sopesadas por la evaluación de pros y contras presentes en la realidad.

¿No se explica tanta debacle moral por la falta de prudencia? ¿Y no está faltando a montones la prudencia por la ausencia de reflexión? Yo creo que la respuesta, infortunadamente, es afirmativa en ambos casos.

En efecto, hoy se carece de silencio, de soledad, de recogimiento; con razón también se ha dicho: “el silencio es el portero de la vida interior”. Hoy hay mucho ruido, mucha música a todo volumen y a toda velocidad, que mucho me temo cierran las posibilidades a la reflexión. Hay, de igual modo, mucho miedo a interiorizar, a conocerse a sí mismo, precisamente la condición que existía entre los antiguos griegos para hacer filosofía y, por tanto, para ser feliz, como decían los filósofos, en especial ARISTÓTELES para quien la contemplación era sinónimo de felicidad, felicidad de la que hoy tanto se carece, y que explica tanta depresión, estrés y suicidio. Y estilo de felicidad que máximo se consigue, como decía ALDOUS HUXLEY en su libro *Un mundo feliz*, es con la servidumbre del confort de unos cuantos –pero aspiración soñada de todos–, y que en realidad no es sino una felicidad ficticia, irreal porque se funda en la servidumbre mas no en la libertad.

En esta reflexión quiero llamar la atención sobre la importancia de pensar, y más en un ámbito de intelectuales. Ahora bien, no quiero con esto decir que debemos caer en el exceso de racionalismo en el que cayó la modernidad racionalista, y que llegó a despreciar los sentimientos, los afectos, las intuiciones emocionales; no.

Desde luego, hay que valorar la parte emocional del hombre, de la que habla DANIEL GOLEMAN en su libro *La inteligencia emocional*, pero bajo la tutela de la razón.

En otras palabras, debe haber un cierto equilibrio entre razón y corazón; no tanta razón que olvide el corazón, y no tanto corazón que desprecie a la razón.

Justicia

Todos hemos oído la clásica definición de justicia de los juristas romanos: “Justicia es la constante y perpetua voluntad de dar a cada cual lo suyo”.

Pero quisiera en esta ocasión traer también a cuento la definición de justicia de PIEPER: “Es la verdad con el prójimo”. Me gusta porque, en secuencia con la definición de prudencia arriba citada, presupone la verdad, el ser de las cosas, aunque en este caso el ser y la verdad para con el prójimo.

Otra definición de justicia que me gusta, siguiendo a ARISTÓTELES, es la siguiente:

Justicia es lo legal y lo igual. Quiero detenerme en la justicia como sinónimo de lo legal.

En nuestro país, quizá por la denominada “elefantiasis legislativa” (ALVARO D’ORS), o quizá por la creencia popular de que “hecha la ley hecha la trampa”, o quizá porque en nuestro país hay una mala interpretación de la libertad –la cual se entiende como algo absoluto y sin límites–, o quizá por la mala imagen de los autores de las leyes, la ley se encuentra desprestigiada y desacatada.

No debe de ser así; como bien lo señala nuestro anterior alcalde ENRIQUE PEÑALOSA en su formidable artículo “Colombia 2025” –revista *Semana*, enero de 2002–, quien decía de esa fecha (2025): “A los colombianos les tomó tiempo entender que el cumplimiento estricto de la ley no es autoritarismo, sino democracia”.

Nuestros jóvenes infortunadamente han crecido con cierta alergia o fastidio a la ley. Mala cosa. La ley es un instrumento necesario de la sociedad. Como también señala ARISTÓTELES: “... es difícil recibir desde la adolescencia una recta dirección enderezada a la virtud sin haberse criado bajo leyes adecuadas, porque no es agradable a la multitud, ni menos a los jóvenes, vivir en templanza y dureza”. Si bien es cierto, la ley por su grado de coacción limita en algún porcentaje la libertad y por tanto la ética, pero esto no significa que la ley no pueda ser aceptada conscientemente, dándose cuenta de su bondad para construir sociedad. A la conciencia corresponde, entonces, ese papel de adherirse con libertad a la ley descubriendo su sentido de justicia social.

Por fortuna el imperio de la ley está penetrando poco a poco en la conciencia de los ciudadanos. Sin embargo, el resultado actual es deficiente, pues como lo sostiene el estudio de Naciones Unidas acerca del desarrollo humano, nuestro país padece de una nota negativa en materia de acatamiento de la ley (Cfr. *El Tiempo*, 24 de julio de 2002).

Por lo anterior, desde la Universidad debe inculcarse el conocimiento de la ley, al menos de las atinentes a cada profesional: es la denominada “deontología profesional”. Sólo conociéndolas se podrán cumplir.

Fortaleza

Uno ha escuchado hablar de los castillos como fortalezas, entendiéndose con esto que son lugares inexpugnables, bien defendidos. Así me gusta pensar la virtud de la fortaleza, cara a la persona.

Cada quien debe tener carácter, personalidad, que lo haga “fortaleza” firme frente a los ataques a la moral; si la persona no tiene esas defensas, será presa fácil de las embestidas del ambiente social que le rodea.

Desde cierto punto de vista, la fortaleza es la principal de las virtudes, puesto que, como veremos más adelante, la ética no es sólo conocimiento sino además “esfuerzo”, esto es, fortaleza. Ya la *Ética para Nicómaco* la contempla como la primera del elenco de virtudes que desarrolla en su obra ARISTÓTELES. Por ahí comienza, repito, junto con la de la templanza.

Para ARISTÓTELES la fortaleza es sinónimo de valentía, que “es el término medio en los miedos y osadías”.

Y es que para ser ético se necesita mucha dosis de valentía, pues el ambiente arrastra mucho hacia antivalores; o se tiene carácter y personalidad o la sociedad de consumo y la llamada “administración de la vida” por mi amigo y colega FELIPE PRIETO, acaban con uno.

Templanza

La cuarta virtud fundamental, siguiendo a PIEPER, es la templanza que, como dice ARISTÓTELES, “es el término medio en los placeres”. PIEPER afirma que el ser humano tiene “la disposición natural al gozo”, pero “puede llegar a actuar desordenadamente”.

Todos experimentamos esta realidad de la tendencia al placer y al mismo tiempo al desenfreno. Si no ponemos freno al caballo, éste se desboca.

Hoy existe un cierto “culto al cuerpo”; se ha dicho que por una librería que se cierra se abren dos gimnasios. La figura corporal es tremendamente importante en la actualidad, al punto que ese es uno de los argumentos por los que la razón, el pensamiento, la contemplación, han sufrido mengua en desmedro de la prudencia, y por tanto de las demás virtudes, ya que dependen de ella. Un nuevo pendulazo de esos en los que suele incurrir el hombre, ha hecho aparición en escena: la sobrevaloración del cuerpo, de lo físico.

Desde luego, una valoración del cuerpo importa mucho, pues como dicen los italianos: “Se il corpo sta bene, l’anima balla”, como lo recoge RICARDO YEPES STORK en su libro *Fundamentos de antropología*, pero observo un énfasis muy marcado en lo físico olvidando lo espiritual.

Por ejemplo, es muy triste la situación de los llamados “viernes culturales”; el viernes se ha convertido en un desfogue de los jóvenes: sexo, trago, baile, dinero, droga, música estridente, como si el trabajo o el estudio de la semana fuera una especie de castigo que hay que “compensar” con ese tipo de viernes. Es, a mi modo de ver, un desenfreno. Por esta razón, todas las universidades padecen en sus alrededores de las tabernas, bares y demás.

Acerca de la templanza, quiero llamar la atención en esta reflexión, que la religiosidad natural del hombre debe ser muy estimada, pues todas las religiones propenden por esta virtud.

El segundo punto que me he propuesto desarrollar es el atinente a cómo encarnar las virtudes o los valores hoy.

Observo que se escriben muchos libros sobre ética; las librerías están llenas de estos textos. Hay publicaciones de ética, como el *Libro de los valores* del periódico *El Tiempo*, de reciente publicación, que me parecen un esfuerzo muy importante y valioso. Así mismo, hay películas, literatura, teatro, entre otros, que pretenden transmitirnos la ética. Todo el mundo aprecia estos esfuerzos, los alaba, pero hace falta algo.

Dice ARISTÓTELES de la ética: “El fin de esta ciencia no es el conocimiento sino la acción... no es suficiente el saber teórico de la virtud sino que hay que esforzarse por tenerla”. SAN PABLO, a su turno, dice que no son justos los que oyen la ley sino los cumplidores de la ley (epístola a los Romanos, que a mi juicio es un verdadero tratado de ética).

Por eso dije ya que me parece que está fallando o faltando la fortaleza. Por eso ARISTÓTELES empieza su elenco de virtudes por la fortaleza. Se admira la ética pero no se hace el “esfuerzo” por encarnarla. Este es el punto.

Claro, para que exista la “acción”, para que se dé ese “esfuerzo”, es menester algo: ¿qué hace falta a su vez para que surja el esfuerzo por vivir la ética?

Ese *quid* me parece que puede ser el “excitar” de que habla ARISTÓTELES, por parte del pedagogo (se ofrece por la prensa un postgrado de pedagogía en valores en una Universidad de Bogotá, lo cual indica que el tema de excitar con el discurso parece muy importante). Lo anterior quiere decir que el profesor de ética debe ser un “encantador de serpientes”.

Pero el mismo ARISTÓTELES dice que a pesar del buen magisterio “es de temer que no en todos haya la misma fuerza”.

Esto da a entender que a pesar del esfuerzo del profesor puede haber, sin embargo, otro algo u otros “algunos”, que poco favorecen la fuerza para vivir la moral: ¿el estar abrumados con tanta prédica ética?, ¿el escepticismo ético?, ¿la eterna debilidad humana con la que siempre debemos contar?, ¿la libertad humana que a pesar de todas las bondades de la ética, puede llegar a decir *no* me interesa la ética?

Me quisiera detener en una posible causa de la falta de fuerza para encarnar la ética: la poca abundancia de hombres que den ejemplo; la falta de “héroes” en el terreno de las virtudes; el héroe griego, el santo medieval.

Hoy el paradigma es el hombre adinerado, afamado, triunfante, exitoso, sin los valores de que hemos venido hablando. No quiero decir con esto que el adinerado, el afamado, el triunfador, el exitoso no puedan ser éticos; lo que quiero decir es que se ha hecho pompa de tales modelos cuando carecen de esos valores, o cuando consiguen la cima a cualquier precio. En buena parte la culpa la tiene la prensa, que sólo exalta a esas personas; pero también la tenemos los mayores, los que incluso hablamos de la ética, pues muchas veces no la encarnamos.

Y es que la mejor prédica es el buen ejemplo. Este es el punto central. Me parece que está fallando el encarnar la ética, los valores y virtudes. Hacen falta hombres valientes que vivan la ética y que entusiasmen con el ejemplo a los jóvenes. Que con el ejemplo y la alegría de sus vidas cautiven a los jóvenes a encontrar el valor y el bien de la prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza, y del restante cortejo de virtudes, como la amistad, probablemente el valor que los jóvenes más aprecian y, según ARISTÓTELES –a quien seguimos en estas reflexiones–, se traduce en compartir la virtud, en amar, más que en ser amado, en tratarse y convivir con los amigos. Esto último puede traducirse ante todo en una palabra que a todos atrae, pero que igual también falta encarnarla muchas veces: solidaridad.

Hace falta burlarse, reírse de los “valores” que la gente tiene hoy, para sustituirlos por los mencionados; tener el “castillo” armado de carácter y personalidad, como dijimos, para que el ambiente social no pueda contra quienes quieren vivir los valores auténticos.

Y esa capacitación, definitivamente, empieza en la familia, llamada con toda razón la célula de la sociedad, expresión que se quedó disecada en la Constitución, más aún, en la imprenta. ¿Cómo va uno a pretender ser fuerte si el castillo primero que es la familia se encuentra tan diluido? Ya lo dijo también ARISTÓTELES: “El hogar es primero, y más necesario que la ciudad”.

Creo que debemos insistir en la centralidad de la familia; hacer todos los esfuerzos para defenderla, que es defender a nuestros hijos: si ellos nos ven firmes, ellos serán firmes y fuertes.

El tercero y último punto es la transmisión de valores en la universidad. Siendo coherentes con lo anterior, la Universidad llega, de alguna manera, tarde a la formación de valores, pues donde primero se forman éstos es en la familia, como ya dijimos. Empero, si entendemos la escuela y la universidad como ecos o prolongaciones de la educación que brinda la familia, la universidad debe seguir fomentándolos, aunque, repito, su papel es secundario.

Si somos coherentes con lo dicho atrás, la universidad debe, a través de su misión académica, fomentar el estudio de las humanidades, así como a través de sus acciones de extensión, fomentar la solidaridad a la que antes aludí. Hay muchas iniciativas a las que la universidad debe apoyar, pues muchas veces éstas se encuentran huérfanas de apoyo. Ahí están esas labores sociales, hay que buscarlas y apoyarlas.

Desde luego, la cátedra de ética es un instrumento de apoyo a la formación del estudiante en este sentido, tanto desde la ética general de que he venido tratando, como también a través de la deontología respectiva, es decir, de las leyes que regulan la ética en cada profesión, y que el estudiante debe conocer inexcusablemente. Ya dije también que la ley es constructora de democracia y no de autoritarismo, en palabras de ENRIQUE PEÑALOSA. ¡Y qué más ético que la democracia, donde todos nos sentimos solidarios, libres!

Pero lo anterior no basta, la ética debe permear todas las instancias de la vida universitaria: las instancias directivas, las académicas y las administrativas. Se dijo al comenzar: “La ética aparece siempre”. No puede haber entonces desconexiones o esquizofrenias en la vida intrauniversitaria.

En efecto, todos recibimos educación ética y todos nos responsabilizamos también de transmitir la formación ética; cada uno en su metro cuadrado, como

se dice. El profesor de matemáticas, el de geografía, el de física, todos. Ya lo decía el gran físico ALBERT EINSTEIN, uno de los genios científicos más grandes de la historia, “que la ética tiene que ver con la ciencia, pues la ciencia trata con seres humanos”.

